

*franqueza que yo gasto, y la importancia del asunto requiere.*

*Siempre suyo afectísimo amigo,—J. M. DE PEREDA.*

## VII.

Antes de seguir adelante, creo conveniente dar á conocer el desarrollo de la obra, para que se puedan estimar la justicia y la razón de todo lo que sigue.

## LA PUCHERA

*Drama en cuatro actos y en prosa.*

## PERSONAJES

PILARA.		D. BALTASAR.— <i>El Berrugo.</i>
INES.—Hija de D. Baltasar.		MARCOS.— <i>Marcones.</i>
ROMANA.— <i>La Galusa.</i>		DON ELIAS.—Médico.
JUAN PEDRO.— <i>El Lebrato.</i>		TOMÁS QUICANES.
PEDRO JUAN.— <i>El Josco.</i>		DON ALEJO.—Cura.

LOS PADRES DE PILARA.—MOZOS Y MOZUELOS

*La escena en Robleces.*

## Acto primero.

A la derecha, primer término, la casuca de El Lebrato. El camino de las mieses y las huertas cruza la escena desde la derecha, segundo término (por cuya parte se supone el pueblo) hasta la izquierda, primer término. Desde la derecha (todo en segundo término), el camino estrecho que sube y reaparece dos ó tres veces, serpenteando sobre la montaña. En el fondo, izquierda, la inmensa roca que guarda en una quebradura, por la parte del mar, «el tesoro del pirata». El perfil de la mole de piedra es practicable hasta el extremo saliente. A la izquierda, segundo término, otra montaña verde, al pie de la cual, y rodeándola, estará el camino de «la arcillosa». Al fondo el mar. Una sendita, que arranca del camino de las mieses, conduce hasta la puerta de El Lebrato. En la casa de éste se con-

funden y mezclan aperos de labranza y utensilios de pesca.

A somando por el caminito de la *re*, avanza muy risuaño El Lebrato, con los arreos, y buena provisión de lobinas, muebles y rodaballos; detrás El Josco, sombrío y áspero como siempre, también con buena pesca, y siguiéndoles en fila hasta una docena de mocetones y mozuelos, con el morral al costado, el retuelle al hombro, subidas las perneras hasta las ingles, los pies descalzos, los brazos en cueros vivos y la cabeza hecha un bardal; del primero al último se notará que la pesca fué menguando; el de la cola, con facha de perezoso, llevará sólo dos cámbaros, uno en cada mano, y el morral vacío. Todos ríen á carcajadas «relinchando á más y mejor» del *dicho* que acaba de soltar El Lebrato.

Uno dice: «¡Conchis, qué célebre que está hoy!—Otro añade: «Venir á la *re* de El Lebrato es punto menos que dir á una comedia». —El de la cola exclama: «Yo no le oigo nunca, pero me río mucho de ver que sus reis.»

El Lebrato, con su graciosa prosopopeya, principia otro cuento: «Amigos de Dios: una vez pillamos á un general muy runflante de las fuerzas de los chinos... porque un mandarin echó un bando con cuatro aleluyas... que por equivoco, le sacaron de las trincheras...» Aquí se detiene; uno, interrumpiendo el silencio general, preguntó: «¿Y qué pasó?»—El Lebrato, que ya está en el camino de las mieses, á pocos pasos de su casa, responde sencillamente: «Nada; llegó la hora de irse cada mochuelo á su olivo. Que os aproveche».

Saludos afectuosos y alegres risas. Quedan solos, frente á su casa, el padre y el hijo. Y principian las cuentas y suposiciones de El Lebrato, que se pueden ver en el cap. 11 de

la novela. En un breve diálogo, casi monólogo (pues El Josco apenas responde más que por signos, mientras la verbosidad inextinguible de su padre corre como una fuente) se dibujan las dos figuras, y asoma el amor del joven, manifestado por una sarta de peces, que prepara, diciendo:... «Estos pa ella». El Lebrato se asombra: «¡Pa ella!... ¡Pero nunca otro tanto hiciste! Pedro Juan, ¿cómo tan ocurrió?»—El Josco murmura: «Porque lo merece... por eso».—El Lebrato añade: «La novedá es lo que me pasma. Con ello y con que se te atragante la voluntá...»—El Josco razona: «Es que he pensao que pué que me atriva mejor así.»—El Lebrato exclama: «¡Hombre! pues si en unos cuantos peces está, y no te fias bastante de esos pocos, llévate el canasto entero y verdadero. Con tal que ello sea...»

El Josco, sin aguardar á que su padre acabe, coge con una sola mano las dos sartas (la pequeña para el Berrugo: obligación, porque les tenía prestada una cantidad sobre la barquilla; la grande para Pilara: devoción, porque le había robado el alma), y se dirige hacia el camino de las mieses para tomar á la derecha la dirección del pueblo. El Lebrato entra en su casa, y cuando El Josco llega al cruce, aparecen por la derecha Pilara y sus padres, que van al huerto. El Josco se detiene á esperarlos, contemplando á la muchacha con timidez. Un poco le cuesta saludarla, otro poco atreverse á ofrecer los pescados, pero cuando se desmorona de golpe su valor, es al decirle la moza: «Si no tuvieses mucha prisa y nos acompañaras al huerto, merendarías con nosotros.»

Se pone colorado, le tiemblan las carnes... y huye. «¡A más ver!» No es posible detenerle. No hay espera. ¡Dejar lo que más quiere para ver al Berrugo, lo que más odia! Pero le

sirve consigo mismo de disculpa llevar la sarta de «aquel hombre».

Los padres de Pilara siguen andando, camino del huerto; la moza se detiene para mirar á El Josco, y éste, como fascinado por la mirada viva de aquellos ojos, retrocede, se decide y la llama. Y en una graciosísima y sentimental escena, Pilara insinuante, Pedro Juan atarugado, acaba éste por hacer su pregunta, y era... ¡saber si estaría en casa *ese hombre!*—«¿Y es eso todo lo que tenías que decirme, hombre de Dios?»—dice Pilara, con cierto retintín:

—No, ¡recoles! Tenía que decirte mucho más.—«¿Y para cuándo lo dejas?»—«Pa cuando me *atriva.*»

Pilara insiste: ¡Qué mejor ocasión!

—Sí, ¡muy buena!

Desesperado el redero, exclama: «He mirao treinta veces la muerte cara á cara, sin que se me acelere tan siquiera el pulso, ni la color me cambie; ¡y en esto me desmayo y acongojo! ¡Mal rayo me parta por encogido y por... ¡coles!»

El Lebrato, que asomado á la puerta oyó este final, grita, para obligarle: «Atrívete, mo chacho, atrívete.» Pero cada vez más cobarde y desesperado, exclama: «¡Padre! ¡Usted me faltaba! ¡Coles! ¡Todo se ajunta contra mí!—Pero, ¿qué te ha pasao? dice la moza.—Y El Josco replica: «¡Ná! Otra igual no se ha visto en jamás de los jamases!»—Ella: «¿Por qué te apuras?»—El: «Por ná. ¿Lo ves? por ná... en apariencia, y, sin embargo... (furioso). ¡Que se hace tarde, y he de llevar á *ese hombre* la sarta de peces.»—Ella: «Corre, que no se te pudran.»—El: «Otra cosa me repudre la misma entraña.»—Ella: «Dimelo.»—El (aterrado, huyendo): «¡Adiós, Pilara!»—(Sale precipitadamente por la derecha).

Y quedan sólo Pilara y su futuro suegro, preocupados por la cortedad inverosímil de Pedro Juan. Hablan de lo felices que serían juntos, por que *allí* hace falta una mujer. Aquello no es casa. El Lebrato tiene una hija casada en las Pozas y llena de familia. Cada ocho días les lava la ropa, y cada quince se llega, dando un recorrido á los pobres muebles del hogar; y en los grandes apuros, ella y su hombre suelen echar una mano á las faenas, ponderando cualquier ayuda, y zampándose hogazas y torreznos, todo *su aquél* de un mes, en dos comidas. Y ellos á la ría; cuando no, á labrar la tierra. Por esto andan mezclados en la choza, la red y el arado, el remo y el horcón, el aparejo de la barquilla y el carro. Antes marchaban bien. Los doblones que trajo el viejo de Conchinchina facilitaron muchas cosas; pero la muerte de la mujer, las enfermedades, las plagas que diezman el ganado y destruyen las mieses, todo les puso en la necesidad terrible de acudir al anticipo, después al préstamo con hipoteca y llegar, cogidos en las telas de araña que les tendió el Berrugo, á ser nada más renteros de su misma propiedad. Y aún hay que agradecerle, cuando chupa el jugo de todo su esfuerzo en intereses y regalos. Hablan del Berrugo, del mayorazgo á quien «sacó de ahogos» al volver de América, de Tomás, de Inés, de La Galusa, opresores, despojados y oprimidos, en la casa grande. Cuando Pilara se despide, para seguir camino del huerto, llega D. Elías, y las reflexiones toman carácter de murmuración. Sale á cuento el asunto de Marcones el de Lumiacos, pariente de La Galusa. El Berrugo, por ahorrarse trabajo y dinero, si no por maldad, permite que dé lecciones á la pobre Inés el sobrino de su ama de llaves. ¡Y habrá gatuperio!

Paseando llegan también el Berrugo y su hija, la cual aparece vestida con cierto abandono que indica su indolencia; el descuido con que ha sido educada se descubre desde luego en sus modales. Cuando El Lebrato la ofrece una silla, se sienta junto á la pesca; va cogiendo los peces por la cola alzándolos para verlos, y se restrega después las manos en el vestido, sobre las caderas. Don Elías, adelantase para saludar al Berrugo, que le recibe con desprecio, diciéndole: «Usted siempre lo mismo, dando gusto á la lengua.»—Don Elías responde humildemente: «¡Qué hacer, D. Baltasar! ¡Hay tantas cosas de que lamentarse!»—Y el Berrugo interroga: «¿Contra quién iban endilgadas esas lamentaciones?»—«Contra nadie, mi señor D. Baltasar,—contesta D. Elías.—Yo no me quejo de los hombres, que no tienen la culpa de que la perra suerte se haya cebado en mí. ¡Cuidado si he corrido mundo! Todas las provincias de España; y, cada vez peor. En cada parroquia, un bautizo. Puedo contar los partidos que serví por las hijas que me quedan. Un familión como el mío y una perra suerte como la mía, ¿quién lo aguanta, mi señor D. Baltasar?»—Y éste responde con acritud: «Entre todos lo aguantamos, D. Elías, porque va usted dando parte á todo el mundo. Mire qué le importarán á Juan Pedro las desdichas de usted, y rompe usted zapatos para venir á contárselas.»—Así continúa el diálogo en el que se manifiestan el carácter del médico y el del ricacho egoísta.

El cura, tomando el sol, aparece también por el camino de las mieses, paseo acostumbrado, y el Berrugo le habla con bastante cortesía, pero con mucha finura le suelta la matraca del médico: «Don Elías le acompañará... Que se diviertan ustedes mucho; yo

me quedo aquí; he de hablar con Juan Pedro».

Así los despide y queda sólo con El Lebrato. Inés, como si no estuviera. Y con maña, escudriña el honrado pensamiento del pescador; tasa la pesca muy alto; hace valer sus favores; recuerda las deudas... y acaba reparando en la roca enorme que avanza y domina el mar. Entonces dice: «¡Buen salto!»—El Lebrato añade.—«Pa tirarse de cabeza, sin decir ¡Jesús!»—«¿Tú has estado arriba?»—«Sí señor.»—«¿Y cómo es?»—Ya tiene la conversación encauzada como á su curiosidad convenía. Juan Pedro le dice lo que hay allí, lo que se cuenta y lo que se presume. Don Baltasar le tira suavemente de la lengua, y el cuento del Tesoro del Pirata, justificado por el difunto *Lomias*, con auténtica de una embaucadora. Don Baltasar, mostrándose descreído, ceba, y ceba; por fin, pregunta irónicamente: «¿Y qué has hecho tú, Juan Pedro, que no has metido mano en ese platal? Porque tú crearás también en esas paparruchas.»—Y el pescador, contesta: «Yo, señor D. Baltasar, estoy bien curao de sustos de esa clase, y sólo creo que soy de los que nacieron pa jalar dé la vida en beneficio de otros que la tienen bien regalona».

El Josco vuelve: no había tropezado con el Berrugo, porque tomó un atajo. En su lenguaje, se muestra picajoso y altanero, cosa que hace decir á D. Baltasar: «Este muchacho tiene la sangre muy caliente, y nunca toma las palabras como es debido».

El Berrugo les ha dicho que le gustaría salir una vez á la mar «cuando buenamente puedan», es decir, cuando no tenga que pagarles ni agradecerles el favor; porque lo primero es lo primero, mientras haya mareas al caso y dén lo suyo...» Todos mascullan una

despedida, y se van hacia el pueblo Inés y su padre.

Quedan Juan Pedro y Pedro Juan pensativos, en silencio. Al fin, el padre rompe: «Has visto á Pilara... y ná.»—El hijo se disculpa: «¡Coles!... no me atreví tampoco... ¿Lo quiere usted más claro?» Así empieza el ajuste de cuentas de familia, cap. VII, de donde se desgaja, sin otro auxilio que la tijera, una escena en todos conceptos admirable. Juan Pedro comienza por encararse con su hijo, exclamando: «Pos, ¿sabes lo que te digo yo á eso, Pedro Juan?... Pos te digo que... ¡lástima de peces! Y te digo más: te digo que ¡lástima de calzones que llevas puestos!» El Josco no se inquieta; sabe que le sobra razón al viejo: «Respective á ese punto, padre, lo mesmo digo yo de mí mesmo... ¡Y si dijéramos que ella!... Pero ¡coles! ¡si es una dulzura conmigo! ¡Si ella mesma me abre la boca y me pone la palabra en los labios».

El padre aconseja prudentemente: «Mal paece un hombre que en tales casos peca de atrevido, y mucho le agobia esa mala fama; pero que te libre Dios de dar en tierra por menosprecio de mujer; por lo contrario, no te güelves á levantar en toa tu vida».

En la casa necesitan mujer que les guise y remiende; Pilara reúne todas las condiciones, y «hasta su por qué pa el día de mañana». Sus padres hacen «puente de plata» y abren á Pedro Juan las puertas de par en par... Si él no se decide, lo hará el viejo por él. Y pasando á otro asunto, hablan de otro particular: *ese hombre* «¡Mal rayo le parta!» murmura el mozo. Su padre le temple. Y ajustan sus atrasos. El viejo vuelve á insistir en lo de la novia, y el Josco pide un plazo para decirse: «¡Déjeme siquiera hasta el Agosto de... ese hombre! Si allí no lo arreglo de por mí

mesmo, hágalo usted como quiera... ú haga de mí carrá de sereña, que sería lo mejor, ¡coles!» Así lo deciden. Callan, y de repente pregunta el hijo: «¿Qué decía *ese hombre* de salir á la mar?»—El viejo contesta: «Nada; quiere salir en la barquía.»—El Josco: «¡Guena ocasión ¡coles!»—El Lebrato: «¿Pa qué, Pedro Juan?»—El Josco: «¡Pa echale con un canto al pescuezo!»

El viejo entra en la casa; el Josco, desde la puerta, ve pasar á Pilara que vuelve del huerto con sus padres. La moza va quedando á la zaga, y se detiene, cuando Pedro Juan hace intención de salir á su encuentro; pero sin fuerzas para tanto, grita: «¡Buenas noches!» y entra furioso, haciendo rebotar la puerta con estrépito. Ella, sonriente y pesadrosa, dirigiéndose hacia el pueblo murmura: «¡Tendré que decirlo yo!»

#### Acto segundo.

Habitación con ventana en el fondo. Junto á la ventana, una mesa con tintero, papeles, plumas, libros y cartapacios: todo escaso y roñoso. A la derecha una puerta que conduce á la sala y otra al comedor: entre las dos puertas un armario empotrado en la pared. A la izquierda, la puerta que conduce á la escalera, y otra por donde se va á la cocina.

El Berrugo, en mangas de camisa, con un horcón entre las manos, acaba de amparar, con una laña muy bien puesta, una punta resentida. Entra don Elías por la puerta de la escalera, con camisa limpia, corbata de lunares y sombrero bueno, asomándole de un bolsillo unos papelotes. Al verle don Baltasar, plántase, apoyado en el horcón, ante el visitante, y le corta el saludo con esta frase:—«Pues, ¿quién desea morirse aquí, sin que yo lo sepa?» Don Elías, excusándose, trata de

justificar su visita, y le anuncia «que puede importarle» un asunto que piensa proponerle. Socarrón, como de costumbre, D. Baltasar escucha distraído, al parecer, y agarra de la conversación todo lo que le conviene; responde con agrias cuchufletas, que unas veces encubren su interés y otras destapan su desprecio, y es tirano y afable á un tiempo con el pobrete, que para hacerse oír exprime su mollera y suda hi-les.

«Si don Baltasar le hiciera el favor de oírle»... Bueno; hasta oírle llega, porque «siempre se halla dispuesto á conceder cuanto se le pida, no siendo dinero, que para si lo quisiera él».

Descartado lo esencial, empieza el discurso de Don Elías, que lo toma de lejos. Habla de su miseria, de que no le pagan... y hasta se burlan cuando lo pide. «Deberle al médico no es pecado, ¡gasta levita! ¡Ignoran que no hay maldición que pese tanto como la levita de los pobres» El Berrugo le ataja, y el médico entra de lleno en el asunto del molino. Cuentas galanas; produce un dineral. ¿Y el molino? Allí lo lleva, en aquellos papeles: presupuestos, planos, todo. ¿Y el dinero? «¡Esa es la negra!» Y tanto, como que tenía la pretensión de sacárselo... al Berrugo. Pero, alentado por éste, continúa diciendo cómo funcionará el molino... Y una frase *casual*; «oliscar tesoros», lleva las divagaciones á su punto: «Ya que salió la palabra—pregunta Don Baltasar—¿qué opina usted de los tesoros enterrados? ¿Cree usted que hay los que se dice?» ¡Buena tecla le tocó al médico! Sabe del tesoro más que mortal viviente, y el Berrugo trabaja por arrancárselo; el charlatán se defiende; pero á sorbos, confiesa. Lo dice todo, todo su delirio en una noche de hambre: las apariciones de